



HA llegado á mis manos un insulso folleto de ocho páginas, que bajo el pseudónimo de *un palmesano*, ha escrito sin duda uno de esos literatos mercenários, que ponen sin rubor su pluma y su conciencia al servicio del que mejor les paga. Su aparición intempestiva y mas que intempestiva inmotivada, la falta de conveniencia y de decoro en el lenguaje, el encarnizamiento insaciable con que el autor me dirige sus ataques, y la avidez con que procura lanzar el ridiculo y á veces el escárnio, á fin de rebajar los festejos dedicados por esta ciudad á Su Ilustre Prelado; demuestran que abusando indignamente de la impunidad que le promete su máscara, no se ha propuesto otro objeto que zaherirme y denostarme, insultando de paso á un pueblo honrado y pundonoroso, digno por muchos títulos de que su audácia lo respetase.

No pretendo negar ni restringir á nadie el derecho de censura, sobre cualesquiera de las producciones que arroja la imprenta al dominio y jurisdiccion del público. Poca cosa es sin embargo una descripción de fiestas, para que se la dispense los honores de una crítica literaria, que cuando en realidad no sirviese de pretesto para desfogar rencores y satisfacer venganzas, debiera solo reservarse á trabajos concienzudos de mas reconocido valor é importancia. Pero si las instigaciones de una mala voluntad personal, ó las mezquinas pasiones que dominan á ciertas almas vulgares, ó compromisos, en fin, de una naturaleza todavia mas sórdida y rastrera, obligaban al autor de la carta á fulminarme su capítulo de cargos,..... hubiese al menos respetado las formas que la dignidad y la buena educacion reclaman, y mas que agotára entonces su agudo ingenio para encontrar *redundancia, garrambáinas, vana pompa, argumentos en bárbara*, cuantas infracciones puedan cometerse contra las reglas del buen gusto y los preceptos del arte. La defensa hubiera contestado á una agresion franca y razonada, y el público juzgára imparcialmente pronunciando el debido fallo.

Nada se observa en el referido folleto que se parezca á una contienda de esta clase. Lo único que resalta, ya lo he dicho, de una manera harto digna de ser reprobada, es el abandono completo de todas las conveniencias sociales, y una prodigalidad de malignas alusiones y de gracias desgraciadas, que casi disculpan la ausencia de un nombre responsable. Enfermo de ódio estaba al parecer el autor de la carta, puesto que el inmoderado deseo de maltratar á los objetos de su saña, le ha cegado hasta el extremo de no apercebirse que sus golpes, descargados sin tino ni miramiento, alcanzaban de rechazo á un anciano venerable, de elevado carácter público y eminentes virtudes personales, ante cuya consideracion hubiera enmudecido profundamente una lengua menos desenfrenada. No conozco al que asi se olvida del respeto que se debe á sí mismo, y á los sentimientos que mas se acatan en la sociedad; pero á juzgar por lo que revela su conducta, por no sé qué cinismo de impudencia que se descubre en su carta, y sobre todo, por la venenosa intencion oculta hasta en el fondo de cada palabra, me inclino á creer que la mano de Dios debe de haberle impreso un sello que le particularice, á fin de que las personas honradas se aparten de él instintivamente, asi como nos apartamos de esos inmundos y asquerosos reptiles, que viven en el cieno de los charcos y lagunas.

Me conduelo cristianamente, por otra parte, de que el anónimo no reconozca cuán repugnante es el espectáculo que presenta, aquel que para dañar á mansalva á enemigos leales, no teme arrastrarse por el lodo de sendas subterráneas. Si de esta suerte piensa continuar atacándome y herir tambien á un pueblo, que dándose por ofendido le honrara demasiado, cuente de antemano con la única contestacion que se merece, que consiste en el silencio del mas profundo desprecio. Pero si resuelve despojarse del in noble disfraz con que se cubre: si llega á abandonar la obscuridad del anónimo en que viene ocultándose, para dar el nombre que ha tomado ó recibido de sus padres; entonces, no lo dude, me encontrará siempre dispuesto á medir con él mis fuerzas, siguiéndole en cualquier terreno donde quiera provocarme.

Mahon 5 de Setiembre de 1853.

J. J. Moncada.

